

EDITORIAL

La escritura reviste distintas significaciones, incluso, me aventuro a afirmar, más que la lectura. “Nunca escribimos para nosotros mismos”, decía Bertha Falomir, una de las maestras más queridas y recordadas en estas tierras chihuahuenses. “Nunca escribimos para nosotros mismos, siempre está el anhelo de ser leídos, por más oculto que sea. Por eso creamos fuera de nosotros, en un espacio que queda para la memoria, así tratemos de esconder nuestros textos. Podemos escribir un diario y, cuando retornemos a él, ya no seremos los mismos”, no diré que son sus palabras exactas y, quizá por ello, atrevo a decir que, de esta forma, pueden ser más precisas.

Del modo que fuere, *habemos* quienes escribimos. Y solemos hacerlo con arcaísmos u otros vicios porque al escribir, como al hablar, nos apropiamos de un lenguaje para apropiarnos de nosotros mismos y, como hay quien reniegue de alguna parte de su cuerpo o de su historia, *habemos* quienes nos apropiamos de una parte propia al (re)negar un poco de las reglas, así sea sin el respaldo de la RAE. Tal como se ha indicado que la modificación corporal es una forma de apropiación y reconocimiento del cuerpo, la escritura y la creación son formas de apropiación y reconocimiento de una interioridad capaz de expresarse, pensarse y ser. No obstante, se trata de un *ser-con* que la escritura y la creación testimonian.

Escribir supone leer tanto como el tatuaje supone la piel que habitará. La tinta, en uno y otro, aparece como transgresión del sustento y de las condiciones que la permiten o, por lo menos, como el efecto transgresor que se indica para ser apropiado. “Profanación”, diría Agamben. Así, los límites de la escritura proceden de la transgresión de los límites impuestos por nuestras lecturas. Sin lecturas previas poco puede hacerse y habrá poca apropiación de sí. Por suerte, mientras haya interpretación, la lectura y la escritura no se limitarán a las fuentes escritas o ciertas formas de la misma.

La lectura y la escritura devienen espacios de apropiación y reconocimiento de quien escribe y de quien lee, sus límites son el horizonte dado a la transgresión para la

conquista de sí, pero, también, ofrenda de vínculo para los otros. Sin embargo, nos encontramos con la redacción académica. Para quien guarda alguna proximidad con ella, tal es una escritura normada, en ocasiones de manera férrea, pero que ha de dominarse para poder transgredirse, esto es, para poder reconocerse en ella y, especialmente, más allá de ella. En la vida académica, la creación, si producción normada, también es un paso previo a la creación de sí a través de la obra.

Y, ahí, precisamente, surge este segundo número de *Leteo. Revista de Investigación y Producción en Humanidades*. Espacio para la creación libre o para una producción normada, como un espacio de apropiación y reconocimiento para autores noveles. Pues tanto como se requieren pieles se hacen necesarios espacios para la escritura y la lectura que puedan ser habitados más allá del academicismo cuantitativo, un espacio de formación y transformación no limitado que, al contrario, permita la ubicación de los límites y apunte a la transgresión de los mismos.

Antes que extender estas líneas, hemos de extender el agradecimiento a quienes han intervenido para llegar a este segundo número, sea nuestro equipo de trabajo, como a colaboradores, instituciones autores y lectores que lo han permitido. A todos ustedes, gracias. Queda, pues, en sus manos este segundo número de *Leteo. Revista de Investigación y Producción en Humanidades*.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "E. Evangelista". The signature is fluid and stylized, with a long horizontal stroke extending to the right.

José Luis Evangelista Ávila